

Un Canto De Soledad

Por: Bernardo Simon Broca

Sábado 11 de abril

Macarena terminaba de preparar la cena. Abrió el horno y sacó una bandeja con un trozo de carne de pato cuyo aroma llenó la cocina. Colocó la bandeja sobre la isla de mármol, tomó dos platos y se dirigió a la terraza, donde los dispuso sobre una fina mesa de madera. Dirigió su mirada hacia el ocaso, que armonizaba con los pétalos lilas de las jacarandas que rodeaban el perímetro de su casa, al norte de la ciudad de Mérida.

Divisó un coche entrar y se encaminó hacia la entrada para recibir a su hijo.

-¿Cómo te fue hoy? -le preguntó apenas logró ver a Juan.

-Bien- contestó con frialdad.

Juan regresaba de su sesión semanal con el psicólogo Sarkis.

-¿Qué hay de cenar? - preguntó mientras se dirigía hacia la terraza, donde había visto a su madre esperándolo desde el coche.

-Pato horneado y sopa de calabaza –respondió ella, volviendo a la cocina por la bandeja.

Después de media hora de silencio, ya habitual desde la muerte de su esposo, Macarena recogió los platos y los llevó a la cocina.

-Sarkis no me deja en paz- dijo Juan mientras observaba a su madre lavar los platos.

-Cree estar muy seguro de que esto te ayudará. ¿Ya preparaste tu maleta? El camión sale a las ocho; no quiero que lo pierdas. Haz un esfuerzo estos días, amor, te hará bien.

Juan no respondió. Ya no tenía caso discutir. Sarkis convenció a su madre de enviarlo de misiones durante la Semana Santa. Al día siguiente se cumplirán dos años de la muerte de Julio Sahal y también sería el inicio de esas fechas.

-Buenas noches- dijo Macarena con una sonrisa triste al ver a Juan desaparecer por el pasillo. No obtuvo respuesta. A Juan no le hacía ninguna gracia partir a un pueblo a “trabajar” por siete noches sin teléfono, únicamente con papel y lápiz para comunicarse. Era la primera vez

que pasaría ese día tan lúgubre lejos de su madre. Macarena se dirigió a su alcoba. Ya estaba acostumbrada a no dormir, así que pasó otra noche llorando y preguntándose si había sido una buena idea hacerle caso a aquel psicólogo.

La noche siguiente, Macarena cenaba en la terraza cuando vio a Roger, el sirviente, dejar algo en el buzón. Sin pensarlo, dejó su comida y se acercó. Era una carta. Se dirigió a la biblioteca de su difunto esposo y, una vez sentada, rompió el sello.

“Hola, mamá. Ya llegué al pueblo. Parece que el aire acondicionado no sirve. Tendremos que dormir a la intemperie. Hoy no hicimos nada. Buenas noches.”

Doblando la carta, se dirigió a su cuarto, preparándose para otra noche de insomnio.

Al día siguiente, la segunda carta llegó a la misma hora. Macarena no había comido nada en todo el día; solo podía pensar en Juan y en lo sola que se sentía. Esta vez, rompió el sello en la terraza, mientras hacía una seña para que le sirvieran la cena.

“No soporto dormir en un catre y, además, estuvimos todo el día recogiendo basura bajo el sol. Ya no aguanto más este lugar. Lo odio.”

Después de leer la carta por cuarta vez, Macarena se secó las lágrimas y se levantó de la mesa. Se dirigió a su cuarto a esperar la siguiente carta, lamentando haberse separado de su hijo.

Macarena no salió de su habitación hasta que Roger interrumpió sus pensamientos para anunciarle que había llegado la tercera carta. La recibió sin levantarse de la cama y comenzó a leer.

“Hola, ma. Hoy hicimos visitas casa por casa. Me duelen mucho las piernas y no pude comer la ensalada de mayonesa que me ofrecieron en una casa. Además, se rompió mi catre.”

Guardó la carta en el cajón y se acomodó para otra noche en compañía de sus penas.

Ya era miércoles. Macarena regresaba del consultorio de Sarkis. Roger la esperaba en la puerta con una carta en la mano. Le agradeció y se dirigió a su cuarto para tomar un baño. Una vez llena la tina, se adentró en ella. Tomó la carta y, una vez más, rompió el sello.

“Hola, mamá. Hoy hicimos una actividad con los niños del pueblo. Almorzamos tortas de cochinita. Parece que logré reparar el catre con ayuda de Elías, un niño que conocí ayer.”

Después del baño, Macarena caminó a la sala para ver la televisión, al poco tiempo, el cansancio la venció y se fue a la cama.

Al día siguiente, Macarena leía un libro cuando Roger le entregó otra carta. Cerró el libro. Y la hojeó mientras caminaba hacia su cuarto. Abrió las ventanas y se sentó frente al tocador, dispuesta a escuchar nuevamente las palabras de su hijo.

“Hola, mamá. Espero que estés bien. Hoy estuvimos jugando fútbol toda la mañana con los niños y luego limpiamos la iglesia, ya que hubo misa en la noche y todo el pueblo se reunió. Un viejito me invitó a comer a su casa; dice que sacrificaron un cochino y harán tortas mañana. Buenas noches mamá.”

Al guardar la carta en el cajón junto a las demás, esbozó una leve sonrisa. Tomó un largo baño y se dirigió a la cocina para prepararse algo de cenar antes de dormir.

Macarena bebía una taza de café mientras contemplaba el paisaje de su residencia cuando Roger apareció a su lado con otra carta.

¿Tan pronto? pensó, agradeciéndole con una dulce sonrisa.

“Hola mamá. Hoy le enseñé a leer a varios niños mientras Elías ayudaba a otro a montar bicicleta. Cuando intenté mostrarle un truco a uno de ellos, perdió el equilibrio y cayó en un charco de lodo. Todos estallamos en carcajadas. El padre Esteban me felicitó por mi esfuerzo; dice que tengo un don para hacer amigos. Más tarde tendremos misa y luego iremos a cenar las tortas de cochinita enterrada. ¡Hasta mañana!”

Al terminar de leer, Macarena permaneció sentada observando el atardecer, esperando la cena que Roger preparaba. Sonrió, continuó leyendo un rato y se fue a dormir. Sabía que el día siguiente sería pesado.

Lunes 9 de mayo

Macarena recorría las calles del centro de la ciudad. Era una noche hermosa: el viento hacía cantar a las hojas de los árboles, los niños corrían en el parque y el repique de las campanas de la catedral marcaba las seis y media de la tarde. Se dirigió a un banco donde un hombre la esperaba.

-Disculpe la tardanza- dijo Macarena con una sonrisa, estrechándole la mano

-No se preocupe, señora- respondió él.

Conversaron durante un rato hasta que Macarena distinguió la risa de su hijo. Tras despedirse, se dirigió al pabellón donde Juan la esperaba

-¿Qué dijo el padre Esteban? - preguntó Juan

-Hablé con él mientras te esperaba. Parece que sí estás listo.

Al llegar a la casa, Roger los esperaba con la cena servida. Juan devoró su plato mientras le contaba su madre cómo era la vida en el seminario. Ella lo escuchaba con atención cuando una lágrima delató su felicidad. Horas después, Juan llevó su plato a la cocina, besó a su madre en la frente y ambos se dirigieron a sus habitaciones. Macarena se sentó frente al tocador y sacó uno de los papeles que guardaba. A diferencia de los demás, aquel estaba desgastado: lo leía todas las noches desde hacía dos semanas.

“...y me di cuenta de que ayudar a otros no borra el dolor, pero lo hace más ligero: te conecta con la gente, te hace sentir útil y convierte el vacío en propósito. Gracias por siempre estar para mí. Tú eres la más grande y hermosa de todas las maravillas. Espero ser admitido y poder seguir ayudando y amando a la gente, ahora como sacerdote, y rezar todas las noches junto a ti, como cuando papá estaba con nosotros. No puedo esperar a verte, Buenas noches. Te quiero.”